

EL CATEQUISTA

Revista semanal

APROBADA Y BENDECIDA

POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo

DE LA DIÓCESIS

«Evangelizare pauperibus misit me».

«Me envió el Señor á evangelizar á los pobres».

LUC., c. 4, v. 18.

Año I.

Sábado 14 Julio 1906.

Núm. 28.

Catequística.

P. ¿Cómo (Jesucristo) es hombre?—

R. Porque es también Hijo de la Virgen María.

=D. María Virgen, ¿es Madre de Dios?—

=R. Sí; María Virgen es Madre de Dios, porque es Madre de Jesucristo, que es verdadero Dios.=

Varias son, á nuestro parecer, las respuestas que pueden darse á la primera de las dos anteriores preguntas, respuestas que dependen del sentido en que se tome la palabra *cómo*.

Pues si la palabra *cómo* se toma por la razón intrínseca, ó sea por las causas formal y material del sujeto *Cristo*, entonces á la pregunta de *¿cómo Jesucristo es hombre?*, habría que responder: Jesucristo es hombre, y hombre verdadero, porque se compone de cuerpo, como de parte material, y de alma racional, como de parte formal, sustancialmente unidos entre sí. Lo que equivale á responder: Que Jesucristo es hombre, y hombre verdadero, porque tiene los elementos indispensables y suficientes para ser lo que son los demás hombres, ó para ser un individuo completo de la especie humana. A la pregunta tomada en este sentido ya hemos dado cumplida respuesta al probar, como probamos ha poco, que Jesucristo fué verdadero y perfecto hombre.

Si la palabra *cómo* se toma por la causa eficiente del sujeto, Jesucristo, en cuanto hombre, entonces deberíamos contestar: Jesucristo es hombre, porque Dios, causa primaria de todo lo

existente, lo ha hecho tal hombre como hizo á Adán y á todos los demás.

Si la palabra *cómo*, aun en este orden de causas eficientes, se tomara por las causas intermedias, y Jesucristo fuera un puro hombre, habría que responder: Jesucristo es hombre porque fué engendrado como los demás hombres, en cuanto á su cuerpo, y porque Dios creó de la nada un alma y la unió á aquel cuerpo, y con ese cuerpo y esa alma sustancialmente unidos, nació y vivió, como los otros hombres, esta vida mortal sobre la tierra.

Pero Jesucristo no es un puro hombre, es también Dios, y en cuanto hombre no fué engendrado en la forma natural y ordinaria en que los hombres lo son, sinó en forma extraordinaria y milagrosa; y de aquí nace que, si la palabra *cómo* se refiere, cual aparece del contesto de la pregunta y de la respuesta del P. Ripalda, á las causas eficientes inmediatas que engendraron á Jesucristo, en cuanto hombre, y al modo de obrar de tales causas, entonces á la pregunta propuesta se respondería adecuadamente enunciando y explicando, en lo que puede explicarse, el santo misterio de la Encarnación del Verbo en las entrañas de su Madre María. Mas este enunciado y esta explicación de tal misterio no tienen en este momento su verdadero sitio, ni tampoco es ello lo que se pide en la pregunta del catecismo, á juzgar por el contenido de su respuesta.

Lo que se responde en el catecismo es esto: *Jesucristo es hombre, porque* (además de ser Hijo de Dios) *es también Hijo de la Virgen María.* Se pide, pues, aquí que creamos que Jesucristo es hombre porque es Hijo de la Virgen María. Refiérese, por tanto, la respuesta, por un lado á la concausa eficiente ó generadora de Jesucristo en cuanto hombre, que es la Virgen María, en cuyo seno y de cuya sangre formó el Espíritu Santo el cuerpo humano de Jesucristo; y, por otro lado, se refiere al medio más ordinario y más sencillo que se nos ofrece de conocer la naturaleza humana de los individuos que llamamos y son en realidad hombres; cuyo medio es el estar seguros de que son hijos de mujer. Medio que, puesto en forma de raciocinio y aplicándolo á Jesucristo, puede enunciarse de esta sencilla manera: Todo el que es hijo de mujer es verdadero hombre; ahora bien, Jesucristo es hijo de mujer, pues es hijo de la Virgen María; luego no cabe duda que Jesucristo es hombre verdadero.

Es, en efecto, ley general de la naturaleza que los nacidos de mujer sean verdaderos hombres. Ley que, como todas las leyes físicas, puede tener algunas excepciones, cual la tendría en los monstruos que no fueran de la humana especie, si es que tales monstruos se han dado alguna vez. Pero esos monstruos no serían, rigurosamente hablando, verdaderos hijos, porque no serían de la especie de sus padres. No nos vamos á entretener en probar que Jesucristo no estuvo comprendido en ese caso, cosa que, por otra parte, ya está indirectamente demostrada al demostrar que Jesucristo tuvo verdadera alma racional y verdadero cuerpo humano.

Réstanos, pues, explicar y aun probar que Jesucristo es Hijo de la Virgen María, de lo cual saldrá por consecuencia que es hombre verdadero.

Que Jesucristo es Hijo é hijo legítimo, y, en cierto sentido, natural, de la Virgen María, cosa facilísima es de probar.

Pruébense estas cosas entre cristianos con la partida de Bautismo, y ahora que vamos dejando de ser cristianos con una certificación del registro civil; y, á falta de estos documentos, con pruebas testificales, ó sea con la declaración de sus padres, con la de sus hermanos, con la de los vecinos del pueblo ó con otros medios análogos. Pues Jesucristo tiene también, en favor de su filiación de Hijo de la Virgen, todas estas pruebas; y las tiene selladas, no con el sello de la parroquia ni con el del Juzgado municipal, sinó con el sello del Espíritu Santo, que vale infinitamente más que los humanos sellos.

Se dice que Jesucristo es hijo legítimo de la Virgen porque es hijo de Ella por obra del Espíritu Santo; y ya se ve que no puede darse mayor legitimidad que la conformidad con el orden querido por Dios. Pues Dios es el Autor de la ley natural, lo es del matrimonio y lo es de las leyes que regían este contrato entre los hebreos; por lo cual, lo que Dios haga directamente, como fué la encarnación de su Hijo, no quita, antes bien, engrandece el sello de legitimidad del producto de tal obra.

Se dice también que Jesucristo es, en cierto modo, hijo natural de la Virgen; con lo cual se da á entender que no es natural bajo todos los aspectos. Pues ya se comprende que por parte de los elementos purísimos con que el Espíritu Santo formó el cuerpo de Jesús, tomados de la sangre de esta Virgen inmaculada, y

por parte también de la vida y alimento que, una vez engendrado el cuerpo de Jesús, recibía de la acción vivificadora de la Madre que lo llevaba en su seno; por estas partes es Jesús hijo natural de María. Pero por parte de la generación activa, cuya virtud fué obra de la acción inmediata del Espíritu Santo, no es hijo natural, por razón del modo de la generación, sinó hijo sobrenatural; pues sobrenatural y milagrosa ha sido la obra de la Encarnación del Verbo.

Asentado esto, veamos cómo Jesucristo es Hijo de la Virgen María. Los profetas nos anuncian de antemano esta filiación humana, y realizable en el tiempo, respecto del Hijo de Dios en el seno de una Virgen. He aquí lo que nos dijo Isaías: *Fijaos que una Virgen concebirá y parirá un Hijo, al cual se le pondrá por nombre Manuel* (1).

En cuya profecía la palabra Virgen significa, según está probado por los grandes intérpretes y expositores de la Escritura, una mujer que no ha conocido la obra de varón; y esto no sólo en la concepción de su hijo, como se asegura cuando se dice: *Una Virgen concebirá*; sinó tampoco después, según lo dicen estas palabras: *Concebirá y dará á luz, permaneciendo virgen*. Por eso se la conoce con el nombre de Virgen por antonomasia y por excelencia.

También nos dice Isaías que el Hijo de esa Virgen se llamará Manuel, nombre que, por ser inspirado por Dios, tiene que ser nombre que exprese con toda propiedad lo que es el sujeto á quien se le pone. Y Manuel significa *Dios con nosotros*; de donde se colige que ese Hijo de la Virgen había de ser verdadero Dios.

Ahora bien; como de los nacidos de mujer sólo Jesucristo fué y es verdadero Dios, se sigue que á Jesucristo es á quien se refirió el Profeta. Y, puesto que la Virgen por excelencia sólo ha sido María, de la Virgen María debía de nacer Jesucristo, y ser verdadero Hijo de Ella.

Más clara es aún la profecía ó el anuncio del Arcángel San Gabriel, enviado de Dios para hablar con la Virgen de la Encarnación del Hijo de Dios. Llegado el momento vaticinado por los Profetas, preséntase el Arcángel en el aposento de María, y pasa

(1) Isaías, cap. 7, ver. 14.

entre los dos este memorable acontecimiento, contenido en el siguiente diálogo, que nos refiere San Lucas, notario nombrado é inspirado por el mismo Dios:

«Al sexto mes (después de la concepción del Bautista) envió Dios al Angel Gabriel á la ciudad de Galilea, que tiene por nombre Nazaret, á una Virgen desposada con un varón, cuyo nombre era José, el cual era de la familia de David, y el nombre de la Virgen era María.

Y entrando el Angel á donde Ella estaba, la dijo: Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo; eres tú bendita entre todas las mujeres.

Habiendo la Virgen oído esto, se turbó, y meditaba lo que significaría aquel saludo.

Y el Angel la dijo: No temas, María, pues has hallado gracia en la presencia de Dios.

He ahí, que concebirás en tu seno, y daras á luz un Hijo, y le pondrás por nombre Jesús.

Este será grande, y se llamará (porque es en realidad) Hijo del Altísimo.

.....
Mas María le dijo al Angel: ¿Cómo se realizará esto, pues yo (por el voto de castidad) no reconozco varón?

Y respondiéndola el Angel, la dijo: Vendrá sobre Ti el Espíritu Santo, y te protegerá (con su fuerza productora) la virtud del Altísimo. Y por eso también el Santo que de Ti nacerá será llamado (y será de hecho) Hijo de Dios» (1).

(Continuará).

Reflexiones sobre el Evangelio.

Dominica VI después de Pentecostés

Como Dios es puro espíritu y no cae bajo el dominio de nuestros sentidos cuando quiere hablar ó manifestar algo á los hombres, tiene en cierto modo precisión de sellar con alguna señal, con algún signo su palabra, de suerte que claramente aparezca que es El quien nos habla y no otro. Entre otros sellos que nos

(1) Luc., cap. 1.º, vers. 26 al 35.

manifiestan cuál es la palabra divina, existen los milagros y profecías, que por eso se llaman también *signos de credibilidad*. La razón es evidente; el milagro consiste en la suspensión ó derogación de una ley de la naturaleza en un caso determinado, y es bien sabido que sólo el autor de una ley puede suspenderla ó derogarla. Luego sólo el Autor de la naturaleza, es decir, Dios, podrá obrar el milagro. Lo mismo podríamos decir de la *profecía*, porque, siendo sólo Dios eterno, únicamente El abarca en su eternidad todo lo pasado y lo futuro, teniéndolo todo presente, y por consiguiente solamente El podrá conocer y predecir los futuros libres.

Así se explica el interés y empeño que han manifestado los impíos de todas las edades, y especialmente los de nuestros días, en desvirtuar los milagros de nuestro adorable Salvador y hacer desaparecer de la vida de Jesús todo elemento sobrenatural. No ignoran ellos que, admitidos los milagros de Cristo Jesús es imposible negar su divinidad, hay obligación de respetar y acatar la Religión que El predicó y la Iglesia que fundó.

No vamos á enumerar todas y cada una de las teorías é hipótesis que han inventado los racionalistas de nuestra edad para explicar naturalmente y como hechos sencillos los milagros que los Evangelistas atribuyen á Cristo Nuestro Señor.

Basta para muestra la explicación que nos da de la multiplicación de los panes y peces, de que nos habla el Evangelio de la presente Dominica, el que pudiéramos calificar de corifeo de la moderna impiedad, el racionalista de mayor bagaje científico, tal vez, de nuestros días, el Dr. Paulus, profesor de la Universidad de Jena. Supone éste que entre la gran muchedumbre que seguía á Jesucristo, ávida de escuchar su divina palabra, «había muchos
»ricos bien provistos de municiones de boca, porque, como en el
»Oriente no hay fondas ni posadas, antes de emprender un viaje
»hay que proveerse de todo. Jesús, compadecido de la muchedumbre y no queriendo despedirla sin darle antes de comer por
»miedo de que desfalleciera en el camino, la hace sentar sobre el
»heno, por grupos, mezclados los pobres con los ricos. Entonces
»Jesús, á la vista de todos, sacó las pocas provisiones que llevaba para sí y sus discípulos, é hizo lo que tienen costumbre de
»hacer las personas piadosas antes de comer; levantó los ojos al
»Cielo y recitó la acción de gracias ó *benedicite* hebrea, porque

»los judíos, antes de partir el pan ó de gustar el vino, daban
 »gracias á Dios, que ha concedido al hombre estos dones para el
 »sustento de su vida. Luego que Jesús hubo ejercitado los debe-
 »res de la hospitalidad poniendo á disposición de todos sus peque-
 »ñas provisiones, los ricos, los que llevaban sus camellos cargados
 »de víveres, imitaron su ejemplo, porque en Oriente se ejerce la
 »hospitalidad en proporciones desconocidas á los occidentales.
 »En los cuatro textos ni una palabra más, ni una sílaba siquiera
 »de la *multiplicación* de panes, pero nuestros Padres, mejor infor-
 »mados, han discurrido de esta manera: Puesto que todos co-
 »mieron y se saciaron, debieran todos comer del pan de Jesús y
 »saciarse de este pan y de los peces». En resumen: según el
 Dr. Paulus, *con los siete panes* sació Jesús el hambre de cuatro
 mil hombres, porque fué la *causa ocasional* de que los ricos que
 había entre la muchedumbre repartieran sus víveres entre los
 pobres.

Si necesitaran refutación semejantes desvaríos, la mejor con-
 sistiría en transcribir en toda su hermosa naturalidad y sencillez
 el Evangelio de la presente Dominica. Así podría apreciarse la
 enorme diferencia que va entre la explicación del Dr. Paulus y el
 relato que nos hace el Evangelista San Marcos, cuya veracidad
 no puede discutirse y da por indiscutible el profesor de Jena.
 Entonces se vería también que los camellos cargados de víveres
 y los ricos que distribuyen sus municiones de boca entre los
 pobres, son pura invención, sueños calenturientos del Dr. Paulus;
 pues á pesar de que los cuatro Evangelistas refieren con minu-
 ciosidad de detalles este banquete que dió Cristo Nuestro Señor
 á la muchedumbre en el desierto, sin embargo, en ninguno de los
 cuatro textos hay ni una palabra, ni una sílaba que se refiera á
 los camellos.

Pero el Dr. Paulus, al pretender explicar el Evangelio de la
 presente Dominica, no sólo lo desfigura inventando camellos que
 no existen más que en su loca fantasía, sino que se pone en
 abierta contradicción con él mismo. El afirma sobre su palabra
 de honor que entre la muchedumbre había varios bien provistos
 de municiones de boca; los Evangelistas, sobre el terreno y por
 lo mismo con perfectísima información, nos aseguran que entre
 toda la multitud no encontraron más que siete panes y unos
 pocos peces. Los Evangelistas refieren que Jesús hizo recoger

todos los restos de la comida. Y bien, si no hubieran sido suyos, ¿no sería cuando menos un grosero que, después de haber hartado á la muchedumbre con provisiones que no son suyas, tiene la pretensión y la exigencia de llevarse los escasos restos de la comida?

Verdad es que, como dice el Dr. Paulus, el Evangelista no dice que Cristo *multiplicara* los panes y peces; pero si no expresamente, lo dice en términos equivalentes. En efecto, escribe San Marcos: Y llenaron siete cestos de los pedazos que habían sobrado; es así que con siete panes, sin multiplicarles, es imposible llenar siete cestos, después de haber alimentado cuatro mil personas. Luego hubo verdadera multiplicación.

¡Realmente harían reír las ineptias, argucias y sofismas con que los racionalistas se empeñan en desvirtuar los milagros de Cristo Nuestro Señor, si no fuera tan triste contemplar la obstinación y ceguera de esas almas que también fueron redimidas por nuestro adorable Salvador!



Explicación de las Virtudes.

(Continuación).

El segundo encuentro entre Dios y el hombre lo vemos en la plenitud de los tiempos; cuando se acercó á la humanidad y se unió á ella; cuando el Verbo Eterno de Dios, imagen substancial de la Divinidad, resplandor de la gloria del Padre, y espejo clarísimo de su majestad, descendió del monte santo de su gloria, vistiéndose de las miserias de nuestra naturaleza, haciéndose nuestra carne y nuestro hermano, para unirse é incorporarse más á nosotros, y, unido é incorporado con nosotros, reconciliar á todas las cosas del cielo y de la tierra; esto es, al hombre con Dios, y á todos los hombres entre sí, reanudando el lazo de unión entre Dios y los hombres, roto por el primer Adán, y apretado más y más por el segundo Adán, Jesucristo, Señor Nuestro.

He aquí cómo se realiza esta unión inefable entre Dios y los hombres. No pudiendo el hombre subir hasta Dios, Dios descende hasta el hombre en el misterio augusto de la Encarnación para hacer al hombre Dios, elevándole y sublimándole hasta los cielos.

Y ved también en este adorable misterio la naturaleza de la unión que el Señor quiere que tengamos con El. Unión sobrenatural y divina, basada en la participación de sus méritos; unión poderosa y eficaz en virtud de la cual los hombres adoptados en Jesucristo, y viviendo de su espíritu, se hacen moralmente una misma cosa con El, son reconocidos por el Padre como miembros é hijos suyos, y adquieren á título de justicia el derecho de participar de su herencia.

Tal es la unión misteriosa que ha de tener el hombre con Dios, y de la cual depende su felicidad en el tiempo y en la eternidad.

Mas para que el hombre pueda conseguir la unión con Dios en el cielo, en la cual consiste su bienaventuranza, debe mantener con El, mientras está sobre la tierra, otra unión temporal, unión deliciosa y sublime que, trasformando al hombre en Dios, devuelve al género humano su perfección primitiva, regenerándole y rehabilitándole en todos los derechos que había perdido por el pecado del primer hombre. Esa unión admirable, y con ella la regeneración y rehabilitación, la obtiene el hombre en Jesucristo y por Jesucristo.

Y aquí se presenta naturalmente la explicación de una verdad fundamental, absolutamente necesaria para la inteligencia del Cristianismo. Pues, como dice San Agustín (1) «Toda la ciencia de la Religión, toda la fe cristiana, consiste propiamente en el conocimiento de los dos Adanes; lo que hemos heredado del primero y lo que hemos recibido gratuitamente del segundo. La naturaleza caída en Adán y la naturaleza reparada en Jesucristo». El primero, dice San Pablo, representa al género humano degenerado, y el segundo al mismo género humano regenerado. La unión de todo el linaje humano con su primer tronco le hizo culpable y desgraciado; su unión con su segundo tronco le hará justo y dichoso. La unión del linaje humano con el primer Adán, fué unión completa, aunque moral, por que la raza humana estaba enteramente encerrada en Adán, como dice San Agustín, *Omnes erant unus Adan*; por eso el hombre degeneró en todas las partes de su naturaleza. Sometiendo su alma, su corazón y su cuerpo al pecado, se trocó en un hombre de pecado; y al heredar su vida,

(1) Del pecado original, pág. 265.

su sangre y su carne de pecado, nos hacemos participantes de su falta y de las consecuencias de ella. He, aquí, por qué quedó degradado el hombre en todas las partes de su ser: en su alma, en su corazón y en su cuerpo. El segundo Adán sometió su espíritu, su corazón y su cuerpo á Dios, y fué un Hombre-Dios, y al participar de su vida, de su sangre y de su carne santa y divina, nos hacemos herederos de su Divinidad y santidad.

La unión de la raza humana con el segundo Adán fué y debía ser unión completa, unión del alma, del corazón y del cuerpo. Y esta unión se verificó del modo más excelente en la persona de Jesucristo, Redentor y Salvador nuestro. He, aquí, por qué el hombre, en su persona adorable, fué perfecto en todas las partes de su ser: en su alma, en su corazón y en su cuerpo.

Según estos grandes principios, por los cuales se explica claramente la naturaleza de nuestra unión con el nuevo Adán, ¿qué debemos hacer para ser regenerados individualmente? «Es necesario, responde el grande Apóstol, que así como trajimos la imagen del hombre terreno, llevemos en nosotros mismos la imagen del hombre celestial; y que así como nacemos hijos del primer Adán por la participación de su vida y de su carne de pecado, nos hagamos hijos del nuevo Adán por la comunicación de su vida, de su espíritu y de su naturaleza divina (1). Así como el viejo Adán, añade San Bernardo, se esparció en todo el hombre y lo ocupó todo, del mismo modo es preciso que Jesucristo ocupe todo el hombre á quien crió todo, rescató todo y todo lo glorificará».

Pero ¿cómo nos haremos hijos del nuevo Adán? Uniéndonos á El por medio de tres lazos misteriosos que se llaman la Fe, la Esperanza y la Caridad; es decir, por medio de nuestra alma, de nuestro corazón y de nuestro cuerpo.

Ve aquí, caro lector, las tres alas que Dios ha puesto al hombre para que pueda llegar hasta El; los tres peldaños de esa hermosa escala interpuesta entre el cielo y la tierra: la Fe, la Esperanza y la Caridad. Estas tres virtudes son, según San Agustín y Santo Tomás, las tres condiciones que nos inician en la vida de Jesucristo; las tres grandes bases del cristianismo; los tres manantiales de donde mana y á donde vuelve la Religión entera, porque

(1) I. Cor., XV, 49.—Hebr., II., 14.

ellas costituyen los tres actos esenciales de nuestra cooperación á la gracia. «Estas tres virtudes, dice el Doctor Angélico, son tres elementos que, sobreañadidos á la naturaleza del hombre por la gracia del Redentor, lo elevan como por tres grados á la unión deífica, haciéndole, según la expresión de San Pedro, participante de la naturaleza divina. La Fe eleva la inteligencia y la enriquece con el conocimiento de ciertas verdades sobrenaturales que la luz divina le revela. La Esperanza eleva la voluntad, dirigiéndola á la posesión del bien sobrenatural que nos está prometido. La Caridad eleva el amor, encaminándolo á la unión con el bien sobrenatural, que es su supremo objeto» (1).

(Continuará.)



CUENTO

El robo de los gallos.

Regresaban á su pueblo dos mozos, Pedro y Roque, por la carretera que conducía á la ciudad; y pasaron por una posada que junto al camino había. Llamóles la atención la gresca que se oía en el corral, y trepando uno de ellos por las bardas, que estaban muy altas, vió que dos gallos estaban peleándose furiosamente, llenos de sangre y con las crestas colgando.

—Sube, Roque, y verás que riña de gallos más bonita.

Trepó Roque y se colocó junto á su compañero.

—¿Por cuál apuestas tú?, por el colorado ó por el negro.

—Yo no apuesto por ninguno de los dos; pero te propongo una solución pacífica del conflicto. En la venta no hay nadie, por las señas, pues no se oye el menor ruido y la puerta está cerrada como ves; estos animalitos se van á matar, mejor será que les retorizamos el pescuezo, les damos una muerte dulce y esta noche nos los cenamos con alegría.

—¡Y los vamos á robar!

—¡Qué tonto eres Perico! Ahora verás, ven conmigo.

Bajaron al corral, y entre los dos, en un abrir y cerrar de ojos, pescaron á los feridos contrincantes, les dieron garrote, se los metieron en las fajas, salvaron las tapias y pies para que os quiero.

(1) P. 2.^a, cuest. 52, arts. 1 y 3.

—Llegaron á casa de Perico, le contaron una bola muy grande á la madre de éste sobre la *adquisición de los gallos*, porque era beata y podía tener algún escrúpulo, y consiguieron fácilmente que se los guisase lo mejor que pudo.

Cenaron opíparamente Roque y Pedro y pasaron una noche alegre, pues bien dijo quien dijo: tripa llena...

A Perico se le atravesó su gallo en la conciencia, y á todas horas y en todas partes veía el camino, la venta, el corral y los gallos.

Llegó la Santa Cuaresma, y su madre todos los días machacaba:

—Perico, que tienes que ir á confesarte, que tienes que salir de la obligación como cristiano.

Perico se resistía... Pero la gracia venció, y el buen Perico se fué á la iglesia y se arrodilló á los pies del señor Cura.

—Vamos, Perico, habla, di el pecado más gordo y verás cómo los otros salen como una seda, porque por el agujero grande pasan las cosas chicas y por el chico no pueden pasar las grandes. Perico se desató en un torrente de lágrimas, y el señor Cura lo apretó sobre su corazón y allí vació sus culpas el sencillo Perico, empezando por lo de los gallos.

—Bien, hijo mío; tenéis que restituir—le dijo el cura.—Tienes que ver á tu compañero; compráis un gallo cada uno, y vais á la venta, pedís perdón al ventero y le devolvéis los gallos, pues solamente bajo esta condición te puedo absolver.

—¿Y si mi amigo no quiere comprar el suyo?

—Tienes que comprar tú los dos y restituirlos.

Así lo prometió el bueno de Perico al señor Cura, y éste le dió la absolución.

En cuanto salió Pedro de la iglesia se fué en busca de Roque.

—Oye, Roque, ¿sabes que tenemos que devolver aquellos gallos que robamos?

—¿Qué gallos?

—¿Pero ya no te acuerdas de aquellos que se estaban peleando y que mi madre nos guisó porque la engañamos, y nos los cenamos juntos.

—¿Pero quién te ha dicho semejante tontería?

—¡El señor Cura que me ha confesado!

—Eres tonto de remate; ya verás cómo yo me voy á confe-

sar, le cuento la verdad al confesor y no me dice ni manda lo que te ha dicho y mandado á tí.

Fuése Roque á la iglesia y se arrodilló en el confesonario del señor Teniente cura. Empezó su confesión, y á poco le dijo:

—Tengo, Padre, que hacerle una *consulta*.

—Di lo que quieras, hijo mío.

—Pues una cosa que nos ocurrió á un amigo y á mí.

—Dilo, hijo mío, no te dé vergüenza; todos somos pecadores.

—Ibamos, padre, por un camino, y pasamos por una venta y nos encontramos en ella á dos que estaban riñendo muy fieramente.

—¿Y que hicisteis, hijo mío?

—Pues los separamos como pudimos, Padre.

—Hicisteis muy bien; ¿y después?

—Pues nos los llevamos con nosotros y cenamos con ellos.

—Así se hace, así nos lo manda Dios que tengamos caridad con el prójimo. Siempre que te encuentres en semejantes condiciones, haz lo mismo y Dios te lo premiará, hijo mío.

—Terminó Roque *su confesión*. El Sacerdote levantó la mano: *Deinde...*

Salió Roque de la iglesia y se fué en busca de Pedro.

—Ves, tonto, cómo á mí no me ha dicho el señor Cura lo que á tí. Me ha dicho que hicimos muy bien; y que siempre que me encuentre en parecidas condiciones, que haga la mismo. La bendita madre de Perico, enterada por éste, compró los gallos, y su hijo cumplió restituyendo.

—*Qui potest capere capiat.*

Por la copia,
R. S. P.

Liturgia.

(Continuación).

Por último, no satisfecha nuestra Santa Madre la Iglesia con habernos insinuado por medio del color de sus ornamentos y supresión de los cantos de júbilo, cuál era su intención y deseo al instituir el tiempo de Septuagésima, aun trata de hacérslo comprender de una manera más clara, y nada cree más á propósito para ello que la exposición y detenida meditación de los ofi-

cios, lecciones, epístolas y evangelios de las tres Dominicas que comprende dicho Tiempo.

Y, en efecto, dividido el tiempo de Septuagésima en tres secciones, á saber: la Septuagésima, Sexagésima y Quincuagésima, la Iglesia ha querido trasladarnos á las tres primeras edades del mundo, á la creación del hombre y su caída, á Noé y al diluvio, y á la vocación de Abraham, padre de los creyentes.

Tal es la solicitud que Madre tan cariñosa siente por sus hijos que, á fin de que no olvidemos el espíritu de sus oficios durante este período del año litúrgico, ha dispuesto la lectura del principio del *Génesis*, que, como es sabido, contiene el relato de la creación y caída del hombre, en el día mismo de Septuagésima y durante su semana. En el Domingo de Sexagésima dase comienzo á la historia de Noé y del diluvio, que igualmente se continúa durante toda la semana. Finalmente, en el Domingo de Quincuagésima leemos la historia de Abraham, y con ella seguimos hasta el Miércoles de Ceniza. La Misa de cada uno de estos Domingos refiérese, como vamos á ver, á estos tres hechos: y será una manera excelente de conformarse al pensamiento de la Iglesia si meditamos, durante estas tres semanas, dichos tres grandes acontecimientos, que abren la historia sagrada é ilustran á la vez toda la historia de la humanidad.

En la Misa de Septuagésima trata la Iglesia de pintarnos el triste estado del hombre, acto seguido de cometido el pecado original, inspirándonos, en vista de miserias tantas, la esperanza y deseo de un Libertador.

Las nueve semanas de penitencia y tristeza que inaugura la Septuagésima, deben ser seguidas de otras nueve de júbilo y alegría, que dan comienzo en la Pascua de Resurrección, fiesta en que celebramos la victoria de Jesucristo sobre la muerte, y le aclamamos nuestro Redentor. Pero para comprender mejor el beneficio de la redención, preciso es conocer primeramente el profundo abismo de que nos sacó. Por esta razón quiere la Iglesia que, desde el principio de la Septuagésima, meditemos sobre el pecado original y cortejo de aflicciones y miserias que ha arrastrado tras de él. En el Introito vemos los gemidos que el hombre exhala sobre esta tierra desde el momento mismo en que el pecado de Adám lo ha hecho víctima de los terrores de la muerte y de todos los dolores que la preceden ó la acompañan: *Circumderunt me*: «Cercáronme dolores de muerte, dolores de infierno me cercaron: en mi tribulación invoqué al Señor, y oyó desde su templo santo mi voz». En medio de estos lamentos, la esperanza cristiana mezcla también sus acentos, y en su sufrimiento vuélvese el cristiano hacia su Dios, que es su fuerza y debe ser su refugio y libertador. En la Colecta ú oración, la Iglesia reconoce la justicia de Dios, que sólo castiga al hombre cuando sus pecados lo merecen, é implora su misericordia para sus hijos. En la Epís-

tola, el Apóstol San Pablo enumera las condiciones de nuestra prueba aquí en la tierra, y nos recuerda que la vida es un combate, y que no seremos coronados mientras tanto no hayamos hecho un uso legítimo de la libertad que nos ha sido dada. El Gradual nos muestra los ojos del Señor, siempre abiertos sobre nosotros, y el Tracto no es más que un prolongado lamento que se oye del fondo del abismo en el que el pecado nos ha arrojado: *De profundis clamavi ad te*. «Desde las profundidades clamé á ti, Señor». El Evangelio completa la Epístola con la parábola de los trabajadores enviados á la viña. Esta parábola nos enseña que somos llamados á todas horas, ó en toda época de nuestra vida, y que nuestra salvación depende de la fidelidad con que respondamos á este llamamiento de la divina gracia. El Ofertorio nos invita á celebrar las alabanzas del Señor, por ser este el único medio de endulzar las amarguras. En el Communionio la Iglesia pide que la imagen de Dios, oscurecida en nosotros por el pecado, renazca iluminada por la gracia.

En la misa de Sexagésima, la Iglesia pide á Dios la multiplicación de la nueva raza de cristianos, nacidos á la gracia por la fecundidad de la divina palabra derramada por los Apóstoles en las almas.

El diluvio que la Sexagésima recuerda era la imagen del bautismo. Sus aguas se extendieron sobre la tierra para purificarla. La familia de Noé, encerrada en el arca, era figura de la Iglesia que había de esquivar todas las tempestades de este mundo, saliendo victoriosa de todas las pruebas. La raza nueva de cristianos debía ser producida por la acción fecunda de la palabra evangélica. Estos son los efectos del apostolado que describe la Iglesia en la misa de este día. El Introito (*Exurge*) es el grito de angustia de la humanidad en su último apuro, prometiendo el Señor no destruirla sino fecundarla de nuevo. «Levántate, ¿por qué te duermes, Señor? Levántate, y no nos deseches para siempre: ¿por qué apartas tu rostro, te olvidas de nuestra tribulación? pegado está con la tierra nuestro vientre: levántate, Señor, ayúdanos y redímenos». Siendo el apostolado el objeto de la misa de este día, por este motivo se celebra en Roma, en la Basílica de San Pablo extramuros, y, por lo mismo, en la oración, la Iglesia hace intervenir al gran Apóstol de las gentes y apoya sus peticiones en él. La Epístola contiene la apología del mismo San Pablo, é indica á costa de qué sacrificios los hombres apostólicos han sembrado la divina palabra en el campo tan ingrato como árido del judaismo y de la gentilidad. En el Gradual, la Iglesia implora el socorro de Dios contra sus perseguidores, mostrándonos, en medio de las conmociones del mundo, un manantial de salvación para los elegidos. El Evangelio, que encierra la parábola de la semilla, nos hace ver sobre qué tierra cae la divina palabra y los variados efectos que produce en las almas. En el ofertorio pide la Iglesia

el afianzamiento de los buenos y su perseverancia en la buena vida. Por último, en el Communio indica el verdadero medio de perseverar acercándose al altar. *Introibo ad altare Dei*: «Entraré al altar de Dios: al Dios, que alegra mi juventud».

(*Concluirá*).

Noticias generales.

De *La Libertad*, de Málaga, cortamos: «Se ha retractado solemnemente de sus errores en materia de Religión y de las ofensas inferidas á ésta, á la Iglesia y á sus Ministros D. Rafael de Gilés y Reguera, director del periódico republicano rondeño titulado *El Fénix*. Damos á Dios gracias repetidísimas por este nuevo fruto de su santa gracia.

*** Presidida por el señor Obispo de León se ha celebrado una nutridísima peregrinación al santuario de la Virgen del Brezo, en la cordillera cantabroasturiana.

Tomaron parte en ese acto religioso muchos labriegos de los pueblos inmediatos.

El Prelado dirigió su elocuente palabra á los peregrinos.

Santorial.

Día 15, Domingo VI después de Pentecostés. Stos. Enrique, emperador; Antioco, mr.; Camilo de Lellis, cf. y fund.; Stas. Zósima y Justa, mrs.

Día 16, lunes. Ntra. Señora del Carmen. El triunfo de la Santa Cruz. Stos. Atenógenes, ob. mártir; Valentín, ob. mr.; Sta. Reinelda, vg. y mr.

Día 17, martes. Stos. León, papa cf.; Eunodio y Teodosio. obs.; Arnaldo, cf.; Stas. Generosa, Vestina y Teodata, mrs.

Día 18, miércoles. Stos. Federico, ob. mr.; Filastrio, Arnulfo y

Rufilo, obs.; Stas. Marina, vg. mártir; Sinfrosa y siete hijos mrs.

Día 19, jueves. Stos. Limaco, pp. cf.; Vicente de Paúl, cf. fundador; Arsenio, diác. cf.; Stas. Justa, y Rufina, vgs. mrs.; Macrina, virgen.

Día 20, viernes. Stos. Elías, profeta; Pablo, diác. y mr. Vulmaro, ob. cf.; Stas. Librada, vg. mr.; Paula, mr., y Severa, vg.

Día 21, sábado. Stos. Daniel, prof.; Víctor, Alejandro, Feliciano y Longinos, solds. mrs.; Stas. Práxedes, vg., y Julia, vg. y mr.